

KATEE ROBERT

DIOSES ELÉCTRICOS

Traducción de Pura Lisart e Isabella Monello

mr ediciones martínez roca



PSIQUE

Otra noche más, y otra fiesta más a la que me muero de ganas de no ir.

Me esfuerzo por no apretar con fuerza excesiva la empalagosa copa que llevo en la mano mientras deambulo por el perímetro de la sala. Mientras no deje de moverme de un lado a otro, mi madre no se fijará en mí. Cualquiera pensaría que, con todo lo que ocurrió hace apenas un par de meses, habría bastado para que mi señora madre dejara a un lado su ambición por un tiempo, pero si algo caracteriza a Deméter es su dinamismo. Ha logrado casar a una de sus hijas (sí, se está atribuyendo el mérito de la boda de Perséfone y Hades) y ahora está centrando todos sus empeños en mí.

Pero yo preferiría arrancarme una pierna a mordiscos que casarme con alguno de los asistentes a esta fiesta. Todos los presentes poseen una relación estrecha con alguno de los miembros de los Trece, los dirigentes de Olimpo: Zeus, Poseidón, Deméter, Atenea, Ares, Hefesto, Dionisio, Hermes, Artemisa, Apolo y Afrodita. Los únicos dos que no han asistido a la velada son Hades y Hera; en el caso de Hades, ni siquiera Zeus puede obligarlo a hacer acto de presencia en estas fiestas, pues proviene de una de las familias originales de la ciudad. En el de Hera,

su ausencia se debe a que nuestro actual Zeus sigue soltero y, por tanto, el título de Hera está vacante.

Pero no seguirá así durante mucho tiempo.

Para ser una habitación tan grande, la verdad es que resulta de un claustrofóbico impresionante. Ni siquiera los enormes ventanales que dan a Olimpo consiguen combatir el calor que emana de tantos cuerpos. Siento la tentación de salir un rato, y congelarme lo justo para poder respirar un poco de aire fresco, pero si a alguien le diera por salir también y querer darme conversación, no tendría escapatoria. Si me quedo aquí, en la fiesta, por lo menos podré seguir deambulando de aquí para allá.

La fiesta de esta noche no se organizó para buscar posibles cónyuges, pero se podría pensar lo contrario por la forma en la que Afrodita presenta a una persona tras otra a nuestro nuevo Zeus, quien descansa apoltronado en el trono que antes era de su padre. Es grande, dorado y llamativo. Puede que encajara con la forma de ser del padre, pero ni de lejos lo hace con el carácter del hijo. No soy quién para hablar, pero al nuevo Zeus le falta el carisma de dirigente que poseía su predecesor. Si no se anda con ojo, las pirañas de Olimpo se lo comerán con patatas.

—¡Zeus! —exclama Afrodita trinando. Ha ido y venido por la sala hasta el trono tantas veces que he podido observar bien el vestido rojo intenso que realza su figura y que contrasta con la piel pálida y la melena rubia de la mujer. En esta ocasión, Afrodita lleva a rastras a un joven blanco con el cabello oscuro. No reconozco al muchacho, por lo que debe de tratarse de un amigo o de un primo lejano, o quizá gozar del discutible privilegio de ser uno de los proyectillos de Afrodita. La mujer fija la mirada en Zeus con una enorme sonrisa en el rostro mientras atraviesa la multitud—: ¡Tienes que conocer sin falta a Ganímedes!

—Psique.

Casi pego un bote al descubrir que tengo a mi madre detrás. He de hacer acopio de todo mi autocontrol para esbozar una sonrisa indiferente.

—Hola, Madre.

—Me estás evitando, querida.

—Claro que no. —Claro que sí—. He ido a por algo de beber. —Y levanto la copa de cristal como prueba.

Mi madre entrecierra los ojos. A diferencia de Afrodita, quien parece empeñada en aferrarse hasta al último atisbo de juventud que pueda, mi madre se ha permitido envejecer con dignidad. Tiene el aspecto de una persona de su edad: una mujer blanca que ronda los cincuenta años, con el pelo oscuro y un estilo impecable. Se cubre de poder como otras personas se cubren de joyas. Cuando la gente la mira, sienten una sensación de alivio casi instantánea gracias al aura que desprende, que parece augurar que ella, Deméter, se hará cargo de todo.

Así fue como se hizo con el título.

Cuando llegó el momento de elaborar el que sería mi personaje público, me fijé en ella en busca de inspiración, si bien es verdad que le di otro rumbo a mi imagen. La vida pronto me enseñó que es mejor mezclarse con los demás que destacar delante de una multitud y convertirte, así, en un objetivo.

—Psique. —Mi madre me coge del brazo y nos hace girar hacia el trono de Zeus—. Voy a presentarte a Zeus.

—Ya lo conozco, nos hemos visto antes.

Varias veces, de hecho. Nos presentaron hace unos diez años, cuando Madre se ganó el título de Deméter, y desde entonces asistimos a las mismas fiestas. Hasta hace unos meses todavía era Perseo, heredero al título de Zeus. Por lo poco que sé, no es ni de lejos el depredador que era su padre, pero eso no significa que no lo sea. Se ha criado en el nido de víboras que

es la zona alta de la ciudad de Olimpo. Nadie sobrevive tanto tiempo si no es un monstruo, por poco que sea.

Mi madre intensifica su agarre en mi brazo y baja la voz:

—Bueno, pues vas a volver a conocerlo. Como toca. Esta noche.

Presenciamos cómo Zeus se limita a mirar a Ganimedes de soslayo.

—Pues no parece que tenga ganas de conocer a nadie, la verdad.

—Eso es porque todavía no te ha conocido a ti.

Suelto un bufido. No puedo evitarlo. Soy consciente de cuáles son mis puntos fuertes. Soy guapa, pero no el despampante bellezón que son mis hermanas, que atraen las miradas allá por donde van. Mi auténtico punto fuerte es mi cerebro, y dudo muchísimo que a Zeus le importe esa cualidad.

Por no hablar de que tengo cero interés en ser Hera.

Pero, bueno, poco importa lo que yo quiera, ¿no? Mi madre tiene un montón infinito de planes y, de las hijas solteras que le quedan, soy la mejor candidata para ellos. A pesar de todos mis dramas internos, supongo que hay muchas cosas peores que ser una de los Trece. Con el título de Hera, la única amenaza a la que tendría que enfrentarme sería a Zeus. Y por lo menos a este Zeus no le precede la fama de matar a sus cónyuges.

Consigo esbozar una sonrisa mientras mi madre me guía por la muchedumbre hacia el llamativo trono y el hombre que lo ocupa. Estamos a un par de metros de Afrodita y Ganimedes cuando Zeus posa sus ojos en nosotras. No sonrío, pero veo en sus ojos azules un brillo de interés; con un capirotazo, se dirige a Afrodita y le dice:

—¡Ya está bien!

Error.

Afrodita se vuelve hacia nosotras. Desvía su mirada hacia

mí y me desdeña al instante antes de dirigirse a mi madre, su rival, si bien el término resulta demasiado mundano para expresar la cantidad de odio que sienten la una por la otra.

—Deméter, querida, imagino que no estarás pensando en esta hija tuya como una posible postulante para el título de Hera. —Afrodita, con un gesto evidente, me mira de arriba abajo—. No te ofendas, Psique, pero no es que seas el prototipo de persona indicada para ser Hera. Es que... no encajas con el título. Seguro que lo comprendes. —Esboza una sonrisa de lo más empalagosa que no suaviza en absoluto el veneno que destilan sus palabras—. Es más, si quieres, me encantaría enviarte el plan nutricional que les aconsejo a todas las personas casaderas mientras me ocupo de sus futuras bodas.

Madre mía, ni siquiera se ha molestado en hacerlo con sutileza. Qué encanto de mujer.

No tengo oportunidad de contestarle porque mi madre afianza más su agarre en mi brazo y le brinda a la mujer una sonrisa radiante.

—Afrodita, querida, yo creo que ya tienes la experiencia suficiente para saber captar las indirectas. Zeus te ha despachado. —Mi madre se inclina hacia delante y baja la voz—. Sé que el rechazo duele, pero es importante saber llevarlo con dignidad. Quizá puedas encargarte del nuevo matrimonio de Ares, por ejemplo. Algo más asequible para ti, ya sabes.

Teniendo en cuenta que Ares ya debe de pasar los ochenta años y que ya tiene un pie en el otro mundo, no me sorprende en absoluto ver cómo a Afrodita casi le salen dardos de los ojos en dirección a mi madre.

—Pues la verdad es que...

—¿De qué estamos hablando?

Quien pregunta es una mujer blanca alta, de cabello moreno, que se interpone entre Afrodita y Deméter con una seguri-

dad en sí misma que solo puede mostrar un miembro de la familia Kasios. Eris Kasios, hija del último Zeus, hermana del actual. Se tambalea un poquito, como si se hubiese pasado con las copas, pero el alcohol no empaña la agudeza mental que se percibe en esos ojos oscuros. Puro teatro, pues.

Tanto Afrodita como mi madre se enderezan, y puedo apreciar el momento exacto en el que ambas deciden que les conviene ser educadas con la recién llegada. Afrodita sonrío y la alaba.

—Eris, esta noche estás espectacular, como siempre.

No es mentira. Eris va de negro, como es habitual en ella: lleva un vestido largo con un profundo escote en V que casi le llega al ombligo, y con una raja en uno de los laterales que le deja a la vista la pierna con cada paso que da. La melena morena le cae por la espalda en ondas que, a simple vista, parecen naturales, lo cual no hace más que señalar cuánto tiempo les ha dedicado.

Eris le sonrío; dos labios finos de color carmesí que se curvan de una manera que hace que se me ponga la piel de gallina.

—Afrodita, es un placer verte, como siempre. —La mujer se vuelve hacia mí inclinando la copa que lleva en la mano, y el líquido verde de su interior, que huele como a regaliz negro, sale despedido y salpica tanto el vestido rojo de Afrodita como el verde de mi madre. Las dos sueltan un gritito y dan un salto hacia atrás—. Ay, vaya. —Eris se lleva la mano al pecho, con un gesto de pura sinceridad en el rostro—. Por los dioses, lo siento mucho. Creo que he bebido demasiado.

Se tambalea un poquito más, y mi madre se lanza hacia ella para cogerla del codo, y casi se choca con Afrodita, que intentaba hacer lo mismo.

Nadie quiere que la hermana de Zeus pierda el conocimiento en plena fiesta y monte el espectáculo, cosa que podría poner en ridículo al dirigente y acabar con la velada.

Están tan ocupadas asegurándose de que la mujer se mantiene en pie que ninguna de las dos se percató de la mirada que Eris me lanza y de que... me ha guiñado un ojo. Me la quedo mirando, y Eris mueve la barbilla en una orden clara de que huya mientras pueda.

¿De qué va todo esto?

Pero no me quedo para preguntárselo. No cuando Afrodita ya le está lanzando esos dardos afilados que llama palabras a mi madre, mientras Deméter está a punto de sobrepasar el límite que las separa. Cuando se ponen en este plan, pueden pasarse horas así, atacándose la una a la otra.

Desvió la mirada hacia Zeus, pero el susodicho se ha girado y está hablando con Atenea entre susurros. Pues nada. Aunque mi madre estaba empeñada en presentarme a Zeus como es debido, parece que hoy no será la noche.

O puede que solo esté buscando un buen motivo para escapar.

No me preocupo por mi madre, puede lidiar con Afrodita ella sola. Lleva años haciéndolo.

—Perdonad —murmuro—, tengo que ir al baño de señoritas.

Nadie me presta atención, cosa que me viene de maravilla, la verdad. Me pongo en marcha, escabulléndome entre la multitud de esmóquines y vestidos suntuosos de todos los colores del arcoíris. Infinidad de diamantes y de joyas de valor incalculable resplandecen bajo las luces que hay por la sala, y juro que siento cómo, mientras camino, me siguen las miradas de los retratos que hay colgados de las paredes. Hasta hace un mes, solo había once (y un marco vacío para la próxima Hera); cada uno de ellos representaba a uno de los Trece. Como si necesitáramos que nos recordasen quién manda en la ciudad.

Pero, esta noche, por fin están los trece al completo.

Han añadido el retrato de Hades, una obra oscura que contrasta directamente con los tonos claros de los otros doce retratos. Observa con el ceño fruncido la estancia, tal como el Hades real fulmina con la mirada a todos los presentes cuando decide asistir a las fiestas. Me encantaría que estuviese aquí esta noche, pero solo porque así Perséfone también habría venido. Cuando estaba con ella, estas fiestas eran mucho más fáciles de sobrellevar. Pero, ahora que no está, que se dedica a gobernar la zona baja de la ciudad junto a Hades, pasar el tiempo en la torre Dodona es de lo más tedioso.

«Peor será si acabo siendo Hera.»

Ignoro ese pensamiento. De nada me sirve preocuparme por ese tema hasta que sepa cuáles son los planes de mi madre y cómo de receptivo se muestra Zeus ante ellos. Veo en una esquina a Hermes, Dionisio y Helena Kasios sentados a una mesa alta. Parece que están jugando a uno de esos juegos de beber. Al menos se lo están pasando bien durante la fiesta. Aquí no tienen nada que perder, y se mueven por los juegos del poder y las más que veladas amenazas como tiburones en el agua.

Yo puedo fingir, se me da bastante bien, pero jamás será algo instintivo como lo es para esta clase de personas.

Sin disminuir el paso, abro la puerta de un empujón y me lanzo al pasillo, más tranquilo. Ya se ha acabado la jornada laboral, y estamos en el último piso de la torre, así que está desierto. Bien. Paso muy rápido por delante de las puertas separadas a la misma distancia, con las cortinas que van del techo al suelo enmarcándolas. Me dan yuyu, sobre todo de noche. No puedo quitarme de encima la sensación de que hay alguien detrás escondido esperando a que pase por delante. Tengo que mantener la mirada fija hacia delante, aunque oiga un crujido a mis espaldas que provoca que mis instintos me insten a echar

a correr. Pero no soy tonta; es el eco de mis propias pisadas, que hace que piense que me están persiguiendo.

No puedo escapar de mí misma.

No puedo escapar de ninguno de los peligros que me acechan en la sala de baile principal.

Me tomo mi tiempo en el baño; apoyo las manos en el lavabo y respiro hondo. Me vendría bien echarme un poco de agua fría en la cara, pero no podría retocarme el maquillaje como corresponde, y regresar allí con un solo pelo fuera de lugar atraería a los depredadores. Si me convierto en Hera, esas voces resonarán con más fuerza, y no podré hacer caso omiso a ellas. No soy suficiente para ellas; o, mejor dicho, soy demasiado. Demasiado callada, demasiado gorda, demasiado insulsa.

—Basta. —Decirlo en voz alta me devuelve a la realidad, un poquito.

Esos insultos no son mis opiniones. Me lo he currado mucho para que no lo sean. Esa voz tóxica de mis años de adolescencia levanta su fea cabeza solo cuando estoy aquí, enfrentándome a lo que Olimpo considera la perfección.

Cinco respiraciones. Inhalo despacio. Exhalo aún más despacio.

Cuando llego a cinco, siento que he recuperado un poco el control sobre mí misma. Levanto la cabeza, pero evito mirar mi reflejo. Aquí los espejos no dicen la verdad, aunque esas mentiras solo estén en mi cabeza. Mejor evitarlos. Respiro una última vez más y me obligo a dejar atrás la relativa seguridad del baño para regresar al pasillo.

Con suerte, mi madre y Afrodita habrán dado por terminada su riña, o bien la habrán trasladado a algún rincón de la sala, así que puedo volver a la fiesta sin correr el riesgo de acabar metida en sus dramas. Esconderme en el pasillo hasta que sea la hora de marcharnos no es una opción. Me niego a darle a

Afrodita cualquier motivo para pensar que sus palabras me han afectado en lo más mínimo.

Tardo dos pasos en darme cuenta de que no estoy sola.

Un hombre se acerca hacia mí por el pasillo, tambaleándose, desde los ascensores. Por un minisegundo, me planteo la posibilidad de ignorarlo y volver a la fiesta, pero eso no evitará que vaya detrás de mí. Sin olvidar que aquí estamos solo nosotros dos y no tengo forma de fingir que no lo estoy ignorando. Además, no tiene buen aspecto, ni siquiera bajo la tenue luz de la estancia. A lo mejor está borracho, una fiesta previa que se le ha ido de las manos.

Suspiro para mis adentros, recompongo mi personaje público, le brindo una sonrisilla y lo saludo con la mano.

—¿Un contratiempo?

—Algo así.

Mierda. Conozco esa voz. Me esfuerzo sobremanera siempre para evitar a su dueño.

Eros. El hijo de Afrodita. El «manitas» de Afrodita.

Observo con recelo cómo camina hacia mí y a medida que se acerca va dejando atrás las sombras del pasillo. Es tan guapo como su madre. Alto, rubio, aunque tiene un rizo distintivo que quedaría mono en cualquier otro rostro. Pero sus rasgos son demasiado masculinos como para ser algo tan inocente como «mono». Es alto y está fuerte, tanto que ni siquiera el carísimo traje que lleva puede ocultar la anchura de su espalda y los músculos de sus brazos. Es un hombre hecho para la violencia con un rostro que haría llorar a cualquier escultura. Muy apropiado.

Veo que tiene una mancha en la camisa blanca, y entrecierro los ojos.

—¿Eso es sangre?

Eros baja la mirada y se enfada en voz baja.

—Creía que la había dejado impoluta.

Es innecesario analizar esa afirmación. Tengo que salir de aquí, y rápido. Aunque...

—Estás cojeando.

Bueno, más bien tambaleándose, pero no porque vaya pedo. Habla con demasiada claridad para ir borracho.

—No —contesta sin dificultad. Miente sin problemas. Está más que claro que va cojo, y estoy segura de que esa mancha es de sangre. Sé lo que implica todo eso: debe de venir directo a la torre tras acometer algún acto de violencia en nombre de Afrodita. Lo que menos me interesa es involucrarme en algo de esos dos.

Aun así, vacilo.

—¿Esa sangre es tuya?

Eros se detiene a mi lado, y en esos ojos azules no veo el menor atisbo de emoción.

—Es de la última chica guapa que me hizo demasiadas preguntas.